

ma parece planteado entre un "nacionalismo" aristocrático y fascista y cierta demagogia totalitarista, como consecuencia de las transformaciones sufridas por los sectores conservadores, que antes fueron liberales, y los núcleos populares, que también fueron antaño democráticos. Así planteada la contienda, de la que dependerá el curso histórico que siga la Argentina, el autor epiloga su libro con el capítulo "Los interrogantes del ciclo inconcluso", del que destacamos esas hermosas palabras: "Hombre de partido, el autor quiere, sin embargo, expresar sus propias convicciones, asentadas en un examen del que cree inferir que sólo la democracia socialista puede ofrecer una positiva solución a la disyuntiva entre demagogia y autocracia; esta disyuntiva parece ser el triste sino de nuestra inequívoca vocación demo-

crática, traicionada cada vez que parecía al borde de su logro".

\*

Sólo hemos podido seguir las líneas principales de esta obra fundamental para el conocimiento de la historia de las ideas políticas en una de las grandes naciones de nuestra América. Pero no cerramos esta reseña sin decir que el libro de José Luis Romero ha sido considerado como obra de importancia capital por las más destacadas figuras de la cultura de su país, que en un acto de altísima espiritualidad ofrecieron a su autor uno de los más rotundos testimonios de cariño y admiración por "su señera labor intelectual y el respeto que inspira su clara posición en el civismo argentino".

## Al mar

(En el Rep. Amer.)

A Olivia R. de Soto.

Desde hace mucho tiempo  
yo estaba sin tu arrullo.  
Faltábame el acento  
de tu cósmico orgullo,  
oh piélago sonoro,  
de majestad fulgente,  
que acaricias mi frente  
y los paisajes de oro...!

Cuántas formas enseñas  
de espléndida belleza,  
oh gigante que sueñas  
en toda tu realeza!  
Tú que espejas estrellas  
y albergas plenilunios,  
tú que ahuyentas las huellas  
de muchos infortunios!

Oh taumaturgo excelso,  
titán enamorado  
del cielo reflejado  
en tu alma de zafir...!

Palpitas extasiado,  
sonrriendo en el ocaso,  
en tu lecho de raso,  
cual mágico faquir...

Amante de sirenas,  
señor de tempestades,

coloso que encadenas  
con tus garras de añil...

Dichosas las ciudades  
que halagas con tus brisas,  
galán en veleidades  
y exóticas sonrisas...

Tus frutos, los mariscos,  
tus perlas y corales  
y tu albura en los riscos  
son tus galas triunfales...

El tráfago del mundo,  
sobre tus soledades,  
es ámbito fecundo  
de hermosas realidades...

Vorágine violenta,  
turbión de majestades,  
en tu seno revientan  
alcázares de jades...!

Tu corazón potente,  
que estremece mi lira,  
es prisma refulgente  
donde Apolo suspira...!

Yolanda CALIGARIS de ESTRADA.

San Juan del Sur, Nicaragua,  
septiembre de 1948.

## El dolor estéril

Por Salvador CAÑAS

(Envío del autor, en San Salvador,  
El Salvador, 1948).

Alguien habla del "dolor dinámico" y del "dolor estático".

El dolor dinámico, o sea el que impulsa al individuo a fortalecerse a pesar del arcedido combate, a engrandecerse en la hora aciaga, es propio de una naturaleza superior.

El dolor estático, en cambio, quebranta, anula; el individuo es incapaz de expresar la sabiduría alentadora. El dolor estático lo inmoviliza. Es propio de la naturaleza débil.

El dolor dinámico sacude el ánimo y el organismo, pero no aplana al individuo. Este se mantiene erguido, acendrado, hasta desafiante. Sacude al ánimo y al cuerpo, porque tal vez los amenazaba la anquilosis.

El dolor estático, por el contrario, como que petrificara a aquél, invalidándole para toda lucha, para toda creación. Es estéril, infecun-

do. El individuo que lo padece en aquella forma, sufre intermitencias, casi derrota.

Grandes filósofos, o artistas, o constructores de pueblos, o forjadores de religiones, lo han sufrido letalmente, pero del mismo dolor extranjeron la fuerza que los dinamizó, superándose en la vida y en las obras. Para éstos ha sido y es un móvil milagroso.

Indiscutible razón tuvo el que clasificó el dolor en "dinámico" y en "estático".

Preparación filosófica, preparación ética, posee el que sufre el dolor dinámico. El que sufre el dolor estático ignora las leyes del devenir evolutivo, como si fuera inconsciente de su realidad y de la realidad del medio circundante.

El mismo fenómeno ocurre en los pueblos. Algunos se estancan, se inmovilizan también,

porque no pueden aprovechar la lección del dolor, o porque biológica, espiritual y socialmente son ineptos para sufrirlo, no sólo con estoicismo, sino con gallardía y arrojo.

Así como en el individuo, así en los pueblos: el dolor no les deja la experiencia salvadora. Parece que resbala: no penetra recónditamente. Les azotan toda clase de clamidades —epidemias, crisis económicas, tiranías— pero ellos permanecen invulnerables. A veces debe preguntarse si no padecen alguna atrofia en las capacidades perceptivas, sensoriales, emotivas, intelectuales, puesto que tal impermeabilidad ante el dolor lo demuestra. No se yerguen lanzando el clamor virilmente, sacudiendo con energía lo que fuere atadura o lastre.

Decíanos una profesora cubana que "los pueblos deben ser merecedores del dolor", porque éste les moviliza hacia las cimas esplendentes. Ser "merecedores del dolor" significa aprovecharlo en la tarea diaria, y en la tarea para el futuro. Encenderse cada día ante las responsabilidades del porvenir. Librar constantemente la batalla a favor de la democracia, de la justicia, de la libertad. Ser "merecedores del dolor" implica sustituir el estado de barbarie por el de la civilización.

Frida Schultz dijo: "Los hombres, como los pueblos, en tanto alienten vida deben luchar por su perfección. No deben ver atrás, porque les ocurrirá como a la mujer de Lot; se convertirán en piedra". Podríamos pensar que esta excelsa poetisa no cree en la historia, como cierto gobernante nuestro. Cree en la historia como testimonio humano, como enlace lógico de acontecimientos, como documento y base para la explicación de hechos futuros, como filosofía infalible, como gravitación de ideas, de pensamientos, de sucesos. Va haciéndose la historia, va estructurándose, aunque a ratos desconcierte la paradoja de que el hombre de la antigua Grecia, en calidad humana, es superior al hombre de nuestra época, a pesar de los avances inauditos en las ciencias, en las industrias, en las artes. Los hombres como los pueblos, no deben pegarse al pasado, porque mueren en vida, se convierten en piedra. Aprenderán el pasado en razón de su valor como cimiento de acontecimientos presentes y de acontecimientos venideros. Aunque la historia la escriban los hombres, tenemos que creer en ella como acervo de verdades sustantivas, de hechos que promueven el adelanto de los pueblos.

Pero los pueblos no evolucionarán si no sufren el dolor de su historia, pero en sentido dinámico. Si no sienten el anhelo de progreso, de poder y grandeza, quedarán paralizados en un recodo del tiempo. Sufrirán "el dolor dinámico" si tienen un mucho de quijotes, es decir, un mucho de locura irreverente, de locura constructiva. Lo mucho de quijote les enseñará a no contentarse con la mínima bienandanza, porque el conformismo es anticipo de muerte. Pueblos de sangre ardorosa, de nervios tensos, de ideales insabibles, se superan en el dolor. Pueblos débiles en sus crisis, incapaces de erguirse renovados y valientes, están destinados a desaparecer tarde o temprano.

El pueblo salvadoreño ha sufrido incontables calamidades, y siempre ha conservado íntegra su personalidad. Ha pasado períodos sombríos, casi se ha eclipsado; sin embargo se mantiene airoso, porque su destino histórico en América, ha de cumplirlo por leyes de dinámica social y por leyes de evolución incontrastable.